

merced a la buena indumentia y las muy hábiles negociaciones. Devadas a cabo por un cutialdo de Teresita Ledezma — casado con su hermano mayor y profundamente enamorado de Alameda, la más pequeña de las Cuervo<sup>3</sup> — que muy bien relacionado, gracias al prestigio que el solido y con su esfuerzo y laboriosidad supo ganarse robando horas al sueño, como los más álvos dignarios de la ciudad ejercitaba todas sus influencias

## Robando horas al sueño

cuando, a la salida de la barbería donde ejercía como aprendiz cuyos conocimientos no habrían ido más allá de lo que es propiamente el afeitar, corría o con mayor propiedad “volaba” en alas de su afán de superación y con el *bocao* en la boca a recibir unas clases nocturnas de maquillaje que dieron mucho, pero que mucho que hablar no sospechándose — porque quién habría podido imaginar —, de una parte, que habían de venir tiempos en que el culto a la imagen llegaría a convertirse en obsesión tan desmedida que lo catapultara a la fama años después por obra y gracia de una epidemia de gripe que, sí, diezmó a la población, pero no hizo mella en la vanidad de los afligidos deudos de los finados, que echaron como se dice vulgarmente “el resto” para que el suyo fuera el mejor presentado de todos los muertos y, de otra parte, que iban a llegar días



<sup>3</sup> Para más en un tiempo de amor un bello día en la que Corcoba — Corcoba entre quienes la denominan Corcoba — a los 18 años de edad, como consueña, al ser el hijo mayor de los Cuervo, se casó con Teresita Ledezma, la más pequeña de las Cuervo.